NATZA FARRÉ

La última vez que te digo adiós

TRADUCCIÓN DE GEMMA DEZA GUIL

narrativasextopiso



La última vez que te digo adiós

Natza Farré

Traducción de Gemma Deza Guil



sextopiso

PRELUDIO

> Pero ¿qué es la verdad? ¿Qué es la memoria? Tendríamos que encontrar otra palabra para designar la manera en que miramos los hechos del pasado que perviven en nuestro interior.
>
> JOHN LE CARRÉ

Veo *Volar en círculo*s unas cuantas veces. Las memorias de John le Carré convertidas en documental. Me detengo en una anécdota sobre un recuerdo con su padre que este le desmintió categóricamente.

—Eso que cuentas no pasó. Es fruto de tu imaginación.

Para él, en cambio, era un recuerdo muy real. Su padre era un estafador, solía mentir. Así que ¿a quién creer? ¿A su padre o a sí mismo?

Una amiga muy querida contaba anécdotas que habíamos vivido juntas modificándolas por completo, hasta tal punto que yo, joven y estúpida como era, me enfurecía y le pedía, le suplicaba, que las contase como habían sucedido de verdad.

—¿De verdad?, pero ¿a quién le interesa la verdad? —me respondía tajante, y seguía con su relato inventado, o su verdad. Yo me desesperaba, porque su recuerdo y el

mío eran dos páginas distintas. Y porque era estúpida. Sus recuerdos eran mejores que los míos. En ellos pasaban más cosas y eran más divertidos.

¿Se puede traicionar la verdad? ¿Se puede NO traicionar la verdad?

Le Carré. Los espías. Sus dobles vidas. Los escrúpulos. Los ideales. La traición. La traición como engaño supremo. Le Carré, que en realidad se llamaba David Cornwell, espía y escritor de historias de espías. Especialista en narrar maneras de mentir. Saber si lo que dice, como lo dice tan bien, es verdad o un relato del relato del relato. Mi padre siempre nos llevaba a ver la nueva de James Bond en cuanto la estrenaban. Una vez me puse enferma. No por culpa de la película. Fue del cine. Era verano y yo iba con pantalones cortos, manga corta y zapatos sin calcetines. Aire acondicionado a temperatura antártica. El día siguiente lo pasé en la cama. No podría ser espía. Quizá este recuerdo también sea inventado. Pero la película de Bond existe. Era de Timothy Dalton y a mí me gustó.

Aclaro que
escribo un libro sobre mi hermano, pero en realidad quiero contar cómo me afectó ser la hermana de mi hermano. Enganchado a la heroína en los ochenta, mi hermano arrojó a nuestra familia a una realidad que destrozó a muchos jóvenes, y a mí me mostró un mundo que, al principio, yo no sabía que era el mío. Las realidades acaban por converger. Los muros acaban cayendo.

En la década de los ochenta existía una probabilidad alta de que una familia de clase media tuviera un heroinómano en casa. No lo veías pincharse como en las películas. Solo veías las consecuencias. Veías lo peor, si es que puede establecerse una jerarquía para los desperfectos humanos. Estos yonquis vivían lejos de los quinquis, pero se acababan encontrando. Los muros acaban cayendo.

Nadie habla de los hermanos. Hemos sido los testigos invisibles e invisibilizados. Somos una categoría poco abordada. Normal. Los hermanos no se eligen y en la jerarquía familiar ocupamos un rango inferior al de padres o hijos. A nosotros, sencillamente, nos han puesto ahí. Somos compañeros de piso a la espera de encontrar otro lugar donde vivir. Somos los que no murieron pero vimos a los muertos, compartimos padres y disgustos. Con los hermanos de otras familias nunca hablábamos del problema que teníamos en casa. Había un objetivo común: el silencio. Y se respetó.

Aclaro que
escribo un libro sobre la rabia, el dolor y el silencio. También sobre la vida feliz que transcurre en paralelo a la tragedia. Mi versión de los hechos no son los hechos. La memoria está compuesta de retales. De vergüenza. De miedo. Los días no son exactos ni los detalles precisos. Y el drama, pasados los años y la vida, se serena. Aunque todavía pueda oírse aquella nota con la que empezaba la canción.

No te sumerges en los recuerdos. Los recuerdos están y afloran, unos con más fuerza que otros. Pero ¿qué son exactamente los recuerdos? El recuerdo que tengo

más presente de mi hermano es el de un hombre joven muy envejecido caminando por la calle de la casa de mis padres hasta llegar a la puerta donde vivió su infancia y entrar. Quizá para entrar a su infancia, de la que no conservo ningún recuerdo. En las fotografías de cuando era pequeño veo a un niño al que no puedo mirar como a un niño. En las fotografías de cuando era algo mayor encuentro unos ojos que no quiero volver a mirar. El recuerdo de mi hermano es de una tristeza implacable. Como un ventilador olvidado en una habitación en invierno, la tierra recién quemada o una amistad que se rompe. No lo quiero recordar. Quiero quitármelo de encima. Es una niebla persistente.

«Tendríamos que encontrar otra palabra para designar la manera en que miramos los hechos del pasado que perviven en nuestro interior».

He buscado esa palabra y no la he encontrado. He buscado a mi hermano y no lo he encontrado. Lo que tengo son retales que se deshacen. No puedo hilvanar una historia. Solo puedo traicionar la verdad.

El silencio es atronador.

—No se lo digas a nadie.

No puedo decírselo a nadie. Hago como si nada. Pero estoy enfadada. Y me enfado con los demás. Porque son imbéciles. Bueno, en realidad no son imbéciles. O un poco sí que lo son. O mucho. Muchos. Pero no todos.

SANGRE

Yo no conocí a mi hermano. Conviví con él. Compartí tiempo y espacio con un niño y con un hombre que siempre estaban lejos. Era uno de mis hermanos mayores. Todos mis hermanos son mayores que yo. Mis recuerdos no tienen nada que ver con los suyos. A veces, cuando hablamos, y hablamos muy poco, me da la sensación de que durante muchos años solo estuve en mi familia de visita. Mi memoria es más pequeña que un erizo. Pero igual de espinosa. En realidad, no es que recuerde menos que los demás. Lo que pasa es que tengo menos tiempo en común. Yo era lo bastante pequeña y mi hermano lo bastante mayor como para que yo no supiera nada de su infancia. Solo que era un niño con el cabello negro y una sonrisa encantadora. Querría quedarme para siempre en esa infancia. Porque cuando miro las fotos encuentro a alguien a quien reconozco. Después solo veo a un hombre perdido. Lo que queda de un hombre.

Conozco de cerca y de muy lejos a personas que no vivieron una infancia plácida. Con desgracias profundas. Con pérdidas desde la casilla de salida. Personas que han sufrido durante muchos años, como cuando los dientes sensibles no te dejan masticar con tranquilidad o una pesadilla se prolonga más allá de la noche. Qué jodidas son las pesadillas. ¿A quién le puede gustar soñar, lo que sea? De pequeña caía en vacíos infinitos y oscuros, negros, sin

que nada me detuviera. Recuerdo subir por la escalera a la litera de mi hermana mayor. Solo conseguía dormirme a su lado. Solo me tranquilizaba el hecho de tener una hermana mayor que cuidaba de mí. Pero la litera era individual y, aunque yo era pequeña, mi hermana no tanto, así que, cuando ya había conseguido volver a coger el sueño sin caer en ninguna parte, ella se bajaba a mi cama hasta que por la mañana nos despertaban nuestros padres. Siempre he tenido miedos y siempre he tenido a mi hermana. Siempre nos tenían que despertar.

No me gusta soñar. Cuando descubrí la física cuántica y las realidades paralelas, pensé que suponían una alternativa mucho más estimulante que los sueños. Y, sobre todo, que Freud.

—¿Te imaginas tener la posibilidad de alternar muchas vidas en el mismo trayecto?

Se han hecho películas malísimas sobre esta teoría, pero la idea de otras alternativas simultáneas me reconforta. Escoger me pone nerviosa. Soñar me desbarajusta.

Conozco a gente que ha vivido lo que yo. Las vidas se parecen unas a otras aunque cada una sea excepcional. Seguramente le damos demasiada trascendencia. Escribes poemas de joven y te emocionas cuando encuentras la palabra justa para tu intensidad. Entonces no sabes, y no tienes por qué saberlo, que no hay palabras justas, solo palabras que encuentras. Si tienes suerte, ese día llevarás una cesta donde guardarlas. Si no, se te olvidarán como tantas otras cosas. El olvido también es una suerte. Lástima que no sea tan accesible como el polvo de las estanterías, que puedes hacer desaparecer con un paño o soplando sin demasiado esfuerzo. La decisión vital que no aciertas es la mierda que se te queda pegada.

Mis hermanos, tantas veces ajenos a mí, son personas a las que conozco relativamente. Los conozco como hermanos. Una relación única, porque crecer juntos implica unos lugares comunes y un reconocimiento mutuo inmediato, pero no son, ni de lejos, personas sobre las que pueda hablar mucho, como sí pasa con algunas amistades, de las que llegas a saberlo casi todo y de quienes acabas diciendo que las quieres más que a un hermano. No es difícil querer a otra persona más que a un hermano. Les ponemos mucha fantasía a los lazos de sangre. A los hermanos, como a los padres, de primeras los quieres por obligación. Y después ya no sabes si los quieres o no.

Cuando nací, entré a formar parte de una familia numerosa del sur de Europa al final de una dictadura. Era muy pequeña cuando se acabó. La dictadura. A la familia todavía le faltaban unos años para alcanzar su final. Mis padres y abuelos fueron quienes más tuvieron que soportar una forma de gobierno autoritaria, con todas sus limitaciones y retos para la gente comprometida con la libertad, si es que la libertad es posible. Mientras crecía, oí a menudo qué suponía para la gente respirar bajo aquel mandato fascista, liderado por un hombre de voz infecta y perversiones gigantescas. Y por su corte. Siempre hay una corte tanto o más nefasta. Hombres y mujeres que, por más que se laven, siempre apestan. Sin haberla vivido, aquella dictadura era también mi lucha. Somos hijos de nuestros padres. Hijos de un mundo que no nos gusta y en el que debemos procurarnos una existencia a nuestra medida, medida que no se corresponde con ninguna existencia conocida. Mi hermano, inconscientemente, empezó a huir de esa existencia, y después ya no pudo huir del mundo que había creado a partir de las drogas.

Con mis hermanos comparto una mirada idéntica y una manera muy distinta de vivir. Nos parecemos físicamente. Aunque durante años insistieran en que yo era adoptada.

—A ti te encontramos en la basura.

Cuando me lo decían, lloraba. Les pedía a mis padres que lo desmintieran.

—Va, no la hagáis enfadar más.

No tengo nada en contra de los hijos adoptados, pero yo no lo soy. Y eso que en muchos momentos me habría gustado cambiar de familia.

La edad nos indica el orden de aparición de cada uno de los seis. A esa lista hay que añadir a dos bebés que murieron después de nacer. Era una época en la que los recién nacidos más frágiles tenían menos posibilidades de sobrevivir. No había medios para salvarlos. Había mucho sufrimiento. Su existencia, como es natural, ocupó un lugar en la vida de mis padres. Para nosotros consistió, básicamente, en oír de vez en cuando sus nombres. A veces he imaginado cómo serían. Y me he planteado si yo habría nacido en el caso de que ellos hubieran sobrevivido. El tipo de hipótesis que no hace falta plantearse. Pero las conjeturas son entretenidas. Así que, con dos hermanos muertos prematuramente, quedamos vivos tres niños y tres niñas. Entre el mayor y yo, la más pequeña, pasaron diez años y medio.

Los hermanos mayores pueden imaginar cómo serán sus hermanos pequeños, pero los hermanos pequeños ya se encuentran a sus hermanos mayores ahí. No tienen la oportunidad de preguntarse cómo serán. Se los encuentran al nacer. Te topas con sus manos torpes y con sus caras, que van tomando forma y que acabas encontrando

normales porque las ves cada día. Hay personas sin hermanos que han idealizado tenerlos, pero las más listas siempre se han sentido cómodas con su estatus de hija o hijo único. Yo quise ser hija única muchas veces. O hija de padres separados. O las dos cosas a la vez. La categoría más alejada de la que me había tocado. La más pequeña de todos. Mi hermano era el pequeño de los niños. Los dos tenemos los labios finos. Él, el cabello negro y rizado; yo, castaño y liso. Él era el más atractivo de la familia. Pero la belleza también se quiebra en manos de la heroína. Me está costando mucho acostumbrarme a ser la pequeña de cinco. Todavía no he podido huir de sus ruinas.

—Éramos seis. Ahora somos cinco. Uno se murió.

Nadie pregunta de qué.

NIÑOS Y NIÑAS

—¿Has hablado con los viejos?

Mis hermanos, los niños, llamaban así a mis padres mucho antes de que se hicieran viejos. De hecho, mi padre no llegó a serlo, pero fue «el viejo» desde que tengo uso de razón. Mis hermanas y yo, las niñas, nunca nos dirigimos a ellos así. Nuestros padres eran nuestros padres. Y punto. En casa, los géneros fraternos estaban claramente divididos. No solo por habitaciones. También por el lenguaje. Solo con hablar, y no por el tono de voz, se sabía perfectamente a qué grupo pertenecías: si a las niñas o a los niños. Yo, a veces, para imitar a los mayores, introducía sus palabras en mi vocabulario. Pero se notaba mucho, no me quedaban bien.

«Me voy al sobre», decían cuando se iban a dormir; «la basca» era la pandilla; «me abro» era irse; «achantarse» era callarse; «biruji» lo decían para referirse al frío, y también «partían la pana», «pirulaban guita», hacían «bisnes» y huían de la «pasma». Cualquiera que pretendiera llamar la atención era un «notas», la cabeza (cerebro incluido) era el «coco» y a lo que les parecía muy extraordinario lo llamaban «flipe». Hoy en día, si hablas así, delatas tu edad. Entonces era normal, era como hablaban los jóvenes, el idioma de una generación, pero gran parte de aquel vocabulario era muy masculino. O quizá es que se lo oía sobre todo a mis hermanos y a sus amigos. Las niñas

éramos más jóvenes y acabaríamos usando palabros más tardíos y ridículos como «superfuerte» combinado con «guay», «mola» o «efectiviwonder», por mencionar un ejemplo de creatividad superlativa. «Guay» parece que no caduca. ¿O ya ha caducado?

—¡Caracandaoooooo! —le gritó una vez mi hermano desde el telesilla a un pobre hombre que bajaba la pista con dificultad.

«Caracandao» se utilizaba para hablar de un tío aburrido, un pusilánime; no era el peor insulto, pero era muy sonoro. El hombre en cuestión ni lo oyó, bastante tenía con mantenerse en pie, y ni lo conocíamos ni sabíamos cómo era. Cuando mi hermano le lanzó aquel grito desde lejos, protegido por el telesilla, le dije que se callara, que no podía ir por ahí insultando a la gente.

—¡Caracandaooooooo! —volvió a gritar.

Y entonces nos echamos a reír. Estaba mal gritarle a alguien de aquella manera, pero la palabra me hizo mucha gracia. No pude evitarlo. Y él la decía con una superioridad que también daba risa. Porque, lo mires por donde lo mires, siempre puede haber alguien por debajo.

Los niños y las niñas éramos dos grupos consolidados. Analizábamos en qué nos parecíamos. Tres teníamos el pelo fuerte, como mi padre. Los otros, fino, como mi madre. Los labios estaban repartidos cuatro a dos. Cuatro gruesos, como mi padre; dos finos, como mi madre. Yo me parecía físicamente a mi hermano. Él era el pequeño de los suyos y yo de las mías. Como si la genética pudiera ordenarse, me había tocado aquel aire. Era lo que me faltaba, que me asociasen a él físicamente. No podía tener peor suerte.

—Cómo se parecen estos dos, ¿eh?

—En nada, señora, en nada. Compartimos padres. Punto.

El mundo de los niños y el de las niñas llegaron a estar tan separados que parecía que existiera una frontera entre ambos, con lenguas y tradiciones distintas a cada lado. O quizá, desde abajo del todo, nunca acabé de entender cómo se comunicaban los de arriba. Pero ni «el viejo» llegó a viejo ni cuando los niños y las niñas dejaron de ser niños y niñas se los llamó de otra manera. Es como ser la pequeña. Pasas de los cincuenta años y sigues siendo la pequeña, porque esa posición se conserva de por vida. El rango familiar no cambia. El trato según la posición, tampoco. A medida que nos vamos haciendo mayores, los hermanos de arriba pueden perder la autoridad, pero la siguen exhibiendo aunque sus efectos ya no resulten amenazadores. Siempre queda algo. Por eso se dice que la familia te hace tener los pies en el suelo, en el caso de que, por el motivo que sea, te hayas elevado. Eso quiere decir que la familia siempre te machaca de la misma manera. No hace distinciones. Por eso también es recomendable huir de ella. Para que te machaque otro que no lleve tus apellidos. Y que no sonría de la misma manera. O alguien con quien no te confundan la voz.

Me he pasado la vida intentando formar parte de algún grupo, pero nunca lo he conseguido. Como si los demás fueran gotas de lluvia y yo estuviera hecha de material hidrófugo. Nací en un clan del cual formaba parte naturalmente. Nadie me quería expulsar y no me sentía excluida. Por poco peso que yo tuviera, aquel era mi grupo. Mis hermanos. Todos teníamos un apodo. A veces eran meras variaciones de nuestro nombre. Los usamos durante años. Incluso es posible que los mantengamos. Pero

no hablamos lo bastante a menudo para saber cómo nos llamamos los unos a los otros. Nuestra relación agonizaba mucho antes de que muriera mi hermano. Mi único grupo se disolvió hace tiempo y ya no pertenezco a ningún sitio. No es un problema. Solo un abismo.

ALIENACIÓN

Un día, hablando de mi hermano, mi madre dijo:

—Nos ha tocado porque somos muchos, pero a otra gente también le toca y solo es uno.

Para los traficantes, la heroína suponía un negocio redondo. Era cara y en muy poco tiempo tenían una clientela enganchada que la compraba desesperadamente. Qué más daban las secuelas que dejaba a quienes sobrevivían, la delincuencia que generó y las muertes que provocó. La heroína era la droga estrella. La facilidad con la que entraba tenía que ver con la participación en el negocio de muchos individuos que formaban parte de los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado. Con la corrupción en general. Quien iba a prisión en los años ochenta y no era consumidor de heroína fácilmente acababa siéndolo. Y quien quería droga fuera de la cárcel la encontraba en muchos puntos de distribución. Estaba por todas partes. Como ahora, de hecho. Hay cosas que no cambian. Pero en aquellos años todo esto era una novedad. Menos la corrupción. No había nadie preparado para el alud de jóvenes que se engancharon a una droga tan poderosa. Había mucha ignorancia y una transición de la dictadura a la democracia que ni fue modélica ni ejemplar. En términos numéricos, quienes lo cuentan aseguran que hubo muchas menos víctimas de la heroína de las que se suele pensar. Como si el fenómeno se hubiera exagerado. Los

muertos, en términos generales, les parecen pocos. Las estadísticas no lloran. Solo los vivos.

Mi hermano empezó muy pronto a relacionarse con las drogas. No fue el único. Jóvenes que acababan de ser niños ya estaban enganchados a alguna sustancia. Como nosotros, que en la pubertad fumábamos porros y bebíamos vino barato. Pero aquella década fue especialmente desafortunada. Por eso la nuestra lo fue menos. Mi hermano, como tantos otros, dejó los estudios antes de los catorce y fue rebotando de un lugar a otro. Lo único a lo que seguía enganchado, aparte de a la droga, era a la música. Pero ni iba a los sitios donde estaba matriculado ni era fiable para ningún trabajo que exigiera unos horarios estrictos. La heroína era demasiado persuasiva para dejarla. Fue un primer amor que se quedó.

CARTA DE MI HERMANO A MI PADRE.
FRAGMENTO. SIN FECHA.

Papá… Aunque resulte duro para ti esto que voy a contarte por carta, porque no sé cómo decírtelo a la cara, es lo que ha sido mi vida hasta ahora.

Soy un precoz exadicto a la heroína, que es uno de los alcaloides más puros de la planta del opio, pasados por ciertos procesos de destilación química desconocidos para mí. La penúltima destilación es la morfina, droga con un valor energético muy potente. Pero la heroína es mucho más pura que la morfina, y consumiéndola consigues la paz interior total, una seguridad absoluta en ti mismo cuando estás frente a los demás, prudencia, y me atrevería a decir que una expansión de la conciencia. La

heroína es mi vida, por ella lo he dado todo, mis amigos, mi familia y mi propia vida.

A veces he pensado en desaparecer de casa, pero no por odio, por todo lo contrario, por amor, porque yo sabía cómo seguiría actuando, ¿entiendes? Es evidente que, después de todo lo ocurrido, tú no puedes confiar en mí; en teoría, es lógico, pero debes tener en cuenta que la heroína escapa a todas las bases teóricas.

Tenemos que encontrar la manera de que yo te pueda decir en un momento determinado lo que me está pasando, por muy fuerte que sea, sin estar pensando en si me pondrás un ultimátum, me echarás una bronca o me privarás de algo. De verdad, todo eso no me afecta. Debes saber que estos días solo pensaba en la heroína, solo, pero he hecho un verdadero esfuerzo y, en vez de ir a buscar heroína, he comprado unos porrillos. Sí, es la putada que menos te mereces, pero estoy en una dimensión muy alejada de la normal, mucho, y, aparte de esta, he hecho en mi vida cosas mucho peores. Pero procuraré contarte siempre lo que me pasa de verdad, porque prefiero hablar contigo que con cualquier psiquiatra o psicólogo de esos que han estudiado mucho pero saben poco.

Hay teorías que aseguran que existía un vínculo entre la heroína y el interés por mantener aletargada a una generación de jóvenes. Como si los cuarenta años de dictadura no hubieran bastado. Ahora bien, es cierto que cuando los jóvenes empezaron a probarla, en los años setenta, eran

tiempos de revueltas y cambios profundos. Se produjo un salto, una ruptura social en una sola generación que no puede pasarse por alto. Pero de eso ya se ocupan otros textos. Porque yo no estoy haciendo estadística ni una tesis. Yo lloro. Porque mi hermano no fue artífice de ninguna revolución. La heroína lo llevó a un mundo donde, según contaba, era posible vivir. Lástima que para entrar en él tuviera que pagar un precio altísimo y que salir resultara prácticamente imposible.

No entendía que, para que él estuviera bien, el resto de la familia tenía que estar mal. No entendía que él no estaba bien. Y la vida se le hizo una montaña. Cuando no tienes ánimos para escalar, el peso de la montaña te cae encima. Y hasta cuando estás en la ladera necesitas echar mano del oxígeno para sostenerte en pie.

RABIA

rabia
1 *1 f.* [LC] Alteración del ánimo irritado, enojo violento.
1 *2 f.* [LC] Sentimiento de disgusto o contrariedad.
1 *3 f.* [LC] Antipatía.
2 *f.* [LC] [MD] Enfermedad infecciosa aguda producida por un virus que el ser humano contrae generalmente por la mordedura de un animal que la sufre, como un perro.

La mordedura no fue de perro. Ni de ningún animal. No me gusta estar cerca de animales. Me gusta verlos de lejos. Y en documentales. Sobre todo en documentales, fotografías, vídeos de Instagram. Los animales me interesan mucho, pero su mirada me desconcierta. No me fío de ellos porque me dan miedo. A menudo no sé por dónde saldrán las personas, pero tiendo a pensar que no me morderán. Muchísima gente asegura que te puedes fiar mucho más de una bestia animal que de una bestia humana. Es posible. Una vez se me escapó un perro. Lo atropellaron. Se quedó cojo. No quiero que me muerdan animales ni personas.

—Solo quiere jugar contigo. No hará nada.

Es lo que acostumbran a decir. Pero ¿quién sabe lo que hará otro? ¿Quién dice que un perro no puede dar un giro de guion? No tendría explicación, pero puede pasar.

Porque puede pasar de todo. Como cuando llevas el virus de la rabia dentro sin que te hayan dado un mordisco.

La rabia forma parte de la adolescencia igual que el acné o la impertinencia. Las idas y venidas de mi hermano no siempre me ponían igual de rabiosa, pero, para que la rabia que él me provocaba no me devorara, tenía que hacer un esfuerzo muy grande o estar enfadada por otra cosa: una discusión en el instituto (fácil), un despropósito de una de mis hermanas (fácil) o la insistencia de mi madre en que nos mantuviésemos siempre activas, como si *descansar* fuera sinónimo de *enfermedad* (facilísimo). De hecho, llegué a desear con fervor estar realmente enferma, porque, en efecto, estar a punto de morir era la única manera de quedarse en la cama sin que mi madre viniera a pincharte con sus palabras-puñal y te obligara a levantarte. Y el sentimiento de culpa ya lo habías incubado. Y la rabia, claro.

—La pereza es un pecado mortal.

La gente perezosa no llega a ninguna parte. Hay que hacer cosas. Lo que sea. Hacer, hacer. No hay que ser. Hay que hacer. Cuando haces, eres. Pero, si no haces, ¿qué eres?

Me daba muchísima rabia que mi hermano llegara para perturbar una constante intranquilidad de intensidad variable. Porque, aunque la calma no formaba parte de nuestro contexto familiar, él conseguía que, en su ausencia, nos acercáramos a ella. Por eso su presencia física era un tormento.

Sus ojos de adulto eran iracundos y me dolía la barriga cuando me los clavaba. Había dejado de mirar como cuando era pequeño. La impotencia me obligaba a morderme los labios. Lo habría matado.

—A ti no te hará nada.

—¿Cómo lo sabes?

Era una época sin redes sociales. No había personas enviando corazones a los demás. Los corazones se hacían con boli en los puntos de las íes. No sabíamos nada los unos de los otros. Lo que evitaba mucha ñoñería. Pero sabíamos, incluso viviendo sin redes, que no éramos los únicos con un yonqui en casa. Eso sí, no se podía hablar del tema. En nuestro universo pequeñoburgués ni siquiera se ponía nombre a enfermedades mucho mejor vistas, salvo que las sufrieran niños: los únicos inocentes, los pacientes de la consulta. Escondíamos la compresa cada vez que nos la cambiábamos, no fuera a ser que alguien descubriera que tenías la regla a los diecisiete años. Uno no iba pregonando su vida y la discreción era sinónimo de elegancia. La rabia también se gestaba por acumulación de silencio. El silencio formaba parte de nuestros días y nos envolvía, enredándonos a los unos con los otros, en un ovillo prieto. Era como comerse una bola de pelos. Insoportable. Porque el silencio tenía que ver con la vergüenza y la vergüenza era una humillación injusta.

Las hormonas y el diagnóstico de escoliosis deberían de haber bastado. Con la típica adolescencia que se caga en el mundo y lleva un corsé ortopédico con un violento parecido a un aparato de tortura habría sido más que suficiente. Con una posadolescencia que pierde progresivamente el acné, una espalda cada vez más recta y un camino repleto de gorros de natación e impregnado de olor a cloro, tendría que haber bastado. Odiaba la natación y los carriles de la piscina. Odiaba a los hombres que pretendían ir más rápido y daban tales golpetazos al agua que

agitaban nuestras suaves brazadas. Odiaba a los que nadaban de espaldas y se desviaban tanto que sus brazos chocaban con mi cabeza y no me pedían perdón. Seguían su camino como si nada, como si no hubieran hecho daño a nadie. Como si no supieran que no había delfines en el agua y que lo más probable era que hubiesen chocado con otro ser humano, por más que aquel conjunto ridículo de bañador y gorro hubiera valido para dejar de catalogarnos como personas y hacerlo exclusivamente como cretinas. Pero yo tenía que enderezar mi espalda. Y, en aquella época, la natación era lo que más se recomendaba. Daba igual que te diera asco el mero acto de entrar en el vestuario. Me bastaba con odiar mi adolescencia. No me hacía falta echarle pimienta a la rabia.

Mi hermano me provocaba una ira que yo descargaba contra toda la familia. No sabía quién era, no lo conocía, pero sabía que era el hijo, el hermano, el nieto y el sobrino a quien había que ayudar. El más presente. Del que todo el mundo estaba pendiente.

—¿Cómo está? ¿Se encuentra mejor?

—Es el que se encuentra mejor de todos. ¡¿No veis que se droga?!

Quién sabe si resentida por mi falta de protagonismo como hija pequeña o cabreada por no poder aportar nuevos problemas a la comunidad, todos los intentos por perdonar a mi hermano eran en vano. En aquel momento de egoísmo profundo, no tenía ni idea de que yo no era nadie y mi hermano no tenía que pedir perdón. No sabía tampoco que tendría otro motivo para sentirme culpable en el futuro. En aquel presente, la rabia no me hacía sentir culpable. La culpa la tenía él. De todo. De nuestras vidas enteras.

Siempre que él aparecía, acababa surgiendo alguna discusión que se resolvía a gritos. Casi siempre eran las mismas. Y yo me ponía rabiosa. Y no supe quitarme esa rabia hasta muchos años después. La convertí en tristeza.